

ALOCUCIÓN, PREMIO C.I.S., 2006

Madrid, Febrero 2007

Alteza Real, Excelentísima Sra. Vicepresidenta del Gobierno, Excelentísimo Sr. Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas, Excelentísimo Sr. Presidente de la Federación Española de Sociología, Sr. Secretario General del Centro de Investigaciones Sociológicas, estimados colegas, amigos, Sras. y Sres.:

Es para mi un gran privilegio poderme dirigir a todos ustedes. No me he recobrado aún de la sorpresa que sentí, hace algún tiempo, cuando el Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas me llamó para anunciarme la decisión del Jurado de concederme la distinción que hoy aquí nos congrega. Pero heme aquí, algo abrumado por la deuda que tengo ante el peculiar gremio de quienes se dedican a la sociología y a sus disciplinas afines, esto es, de quienes se dedican a sondear en el campo más plagado de enigmas que imaginarse pueda, el más reacio a que nos revele sus secretos por la vía de la razón y la ciencia, la sociedad humana.

Vaya mi mayor agradecimiento ante todo a quienes tan generosamente decidieron concederme la distinción que el Centro de Investigaciones Sociológicas ha promovido con tanto tino, por lo menos hasta la concesión del premio que precedió al mío. Me refiero a los profesores don Fernando Vallespín, que presidió el Jurado, doña Rosa Conde, don Manuel Pérez Yruela, doña Adela Cortina, don Emilio Lamo de Espinosa, doña Carmen Iglesias, don Francisco Llera y al secretario de ese Jurado, don Ángel Muñoz Regidor.

Les ruego, Alteza, señoras y señores, que el sentido de la medida y la relatividad de los logros humanos, sepa limar algunas de las expresiones manifestadas por quienes les han dirigido la palabra hasta aquí.

Dicho esto, querría ahorrarles un largo discurso sobre mis trabajos y mis días, pero ellos les han traído hasta aquí, lo que me hace sentirme profundamente obligado. Se espera de mí que diga algo sobre ellos. Respecto a mis días, son cada vez más largos. Ello explica la ocurrencia del Jurado de que yo pueda merecer este premio de ciencias sociales. No sólo sabe más el diablo por viejo que por diablo, sino que a los que no somos demonios también nos alcanza esa verdad. No me ofendería saber que me han distinguido más por antiguo que por cultivar a mi manera el arte sociológica.

En sus generosas alocuciones tanto Fernando Vallespín como Manuel Pérez Yruela han evocado algunas de las características de mi labor. No voy a recorrerlas de nuevo en detalle. Me limitaré solamente a complementar algunos de los episodios a los que se han referido con mis propias observaciones y también a indicar el contenido de los trabajos a los que me he entregado con desigual fortuna, como saben todos los que me conocen, por poco que los conozcan. Antes de referirme a ellos es esencial aclararles a ustedes que estoy persuadido de que el Jurado no sólo ha tenido en cuenta lo que yo haya podido haber hecho en la ciencia social sino también lo que ha hecho una cierta generación de científicos sociales y de *sociólogos cívicos*, a la que pertenezco sin más mérito que la edad, y que aproximadamente a partir de 1959, dejaron sentir su voz y presencia intelectual y cultural en este país, para bien, me parece, de este país. Es un premio para ellos en la misma medida en que lo es para mí: sus nombres están en las mentes de todos. Cualquiera de ellos podría estar hoy delante de ustedes.

No sé si he sido o no, si soy o no, lo que el vulgo llama un activista. Lo que sí puedo asegurarles es que las circunstancias de este país, para las gentes de mi generación y predisposición intelectual, obligaron a muchos de nosotros a intervenir en la esfera pública, como ciudadanos, y no necesariamente como políticos, más de

lo que sería normal en países más afortunados que el nuestro. Sea como fuere, estoy persuadido de que en otro lugar más septentrional, no me hubiera visto obligado a militar en un movimiento estudiantil democrático y clandestino, ni a unirme fugazmente a un partido político subterráneo (y ser acertada y sumariamente expulsado de él, acusado de liberal, qué honor el mío), ni a irme a estudiar fuera de mi patria lo que en ella nadie enseñaba. Tampoco me hubiera visto sujeto a sufrir la indignidad de sentir la humillación de mi pueblo catalán al que se negaba, decenio tras decenio, el elemental y sagrado derecho al habla, a su historia y al autogobierno, como se le negaba también la democracia a España entera. Un país que tiene el honor, por encima de muchos otros de Europa, señoras y señores, de no haber traído la dictadura por las urnas, sino haberla resistido ejemplarmente cómo y dónde era menester.

El caso es que esa prolongada circunstancia y la falta de institucionalización de nuestra disciplina en el país me distrajo y aún distrae más de lo debido de la faena intelectual. Me distrajo en empresas tales como mi estrecha colaboración como la parisina editorial Ruedo Ibérico, o en la dificultosa creación junto a otros colegas, hoy amigos míos, de la Federación Española de Sociología, o su representación en la Asociación Internacional de Sociología, o en la organización de uno de sus congresos mundiales, que tuvo lugar en Madrid, en la creación del Instituto de Estudios Sociales Avanzados del Consejo Superior, en el mantenimiento y desarrollo del Premio Europeo de Sociología, o Premio Amalfi, en la presencia en varias revistas internacionales de mi campo, en el lanzamiento de publicaciones sociológicas de toda índole y, hoy, en la buena marcha de la academia de las ciencias y las humanidades, el Institut d'Estudis Catalans, fundado hace exactamente cien años, y que hoy me honro en presidir.

Es cierto que descubrí la sociología por cuenta propia, antes de cumplir el servicio militar, hurgando en una librería de viejo, la disciplina que me condujo a su cultivo. Pero el modo y manera de cultivarla se lo debo en primer lugar a mis padres, entrambos maestros republicanos, que estudiaron y se encontraron en la Escuela Superior del Magisterio a pocos pasos de aquí, en la calle Montalbán, cuando mi madre, discípula de doña María de Maeztu vivía en la Residencia de Señoritas y mi padre hacía de amanuense de don Manuel Bartolomé Cossío, en la Institución Libre de Enseñanza. Con tales antecedentes podrán ustedes imaginarse la educación que recibí en casa y las gentes que asiduamente la visitaban en plena dictadura. Destinados al Instituto Escuela, el de Barcelona, les pilló allí la conflagración.

Aparte de ellos, he tenido una desproporcionada buena suerte en mis maestros, casi tan grande como la que he tenido con mis colaboradores a lo largo de los años. Baste decir que mi primer maestro fue Don Enrique Gómez Arboleya, hacia quien peregriné a la Facultad de San Bernardo. Fue él quien me obligó a elegir Chicago como cura, pensaba él, de cualquier veleidad filosófica, que él certeramente intuía, tras mis estudios en Colonia. Fue uno de sus catedráticos de sociología, Edward Shils, quien me liberó de un currículum demasiado positivista para mi gusto y capacidades para incorporarme, durante cinco años, al Comité de Teoría Social de la misma Universidad, de la que fui *fellow* –no hay traducción, me temo, pero que entrañaba una beca- y donde estudié a los pies de Friedrich Hayek, Hannah Arendt, Mircea Eliade y algunos más. El acceso voluntario a algunos filósofos analíticos de vecino departamento de filosofía, o mi matriculación en los cursos de Leo Strauss, en el de Ciencia Política, me permitieron reconducir mi sociología por la senda que atraía y que ha seguido.

No me perdonarían ustedes nunca que les contara aquí, una a una, las pesquisas teóricas y empíricas en las que me he ido adentrando a lo largo de los años. Así que, sin abusar demasiado de su paciencia, aludiré muy sucintamente a cuatro campos, o dimensiones, que ha seguido mi tarea. No pueden separarse fácilmente, y en algunos trabajos se hallan fundidos en uno sólo. Son la historia de

las ideas, la dimensión moral y filosófica de la sociología, el estudio macrosociológico, y la visión trágica o conflictiva de los asuntos humanos. Podría indicar un quinto campo, el de mi interés por el enfoque integrador de la ciencia social, que he reflejado en alguna introducción elemental a la sociología, o en ensayos empeñados en justificarlo, o en la confección de antologías, diccionarios, colecciones editoriales y obras colectivas. Aunque éste último empeño se ha llevado más desvelos míos –y de mis colaboradores- de lo que se puedan imaginar, no entraré aquí en ello. Irónicamente, es el más conocido por un cierto público y, con alguna excepción, el más traducido a lenguas extranjeras.

La sociología se dice de muchas maneras. Como en filosofía, a veces es deshonesto intentar convencer a los demás de que la propia es superior a las demás, por razones espúreas. Mi pasión por la dimensión histórica es como una pulsión, y basta. Es evidente que intento –puesto que soy sociólogo- generalizar, con perdón de los historiadores, tan remisos muchos de ellos a hacerlo. Pero de ellos he aprendido siempre. Como la vida es breve, mi conocimiento de esa disciplina se extiende poco a su trabajo académico –aunque estuve por muchos años suscrito a *Past and Present* y a la revista *Annales*- y mucho más a leer a Tucídides, Herodoto y Tito Livio. Espero que algunos de quienes han estudiado conmigo hayan sufrido cierta contaminación de mi afán histórico y de mi otro afán, el de no perder el tiempo con fuentes secundarias. No sé si saldré vivo de esta ocasión, pero debo decirles que es mucho más aconsejable pasar las horas en compañía de los autores de nuestro canon, Weber, Pareto, Simmel, Merton, Elías y los demás, que leyendo las revistas de ciencia social, incluso las que yo mismo también ayudo a producir. O las fuentes secundarias que también yo mismo pergeño y publico. No he encontrado solución a este lío.

En todo caso, y al igual que a Ernest Gellner, a quien escuché a menudo devotamente, y con quien pasé dos días inolvidables en Cambridge, justo antes de su prematura muerte, doctorando, a una estudiante mía compartida, hoy catedrática en Londres, no puedo remediar mi interés por la explicación de las cosas según van apareciendo en las mentes de los hombres, según van formándose en el río de la historia. Eso queda explícito en mis tratados de historia de las ideas sociales y la de la teoría sociológica, pero debería serlo también en cualquier ensayo, incluidos mis estudios más empíricos. No les sorprenderá a ustedes mi debilidad por sociólogos historiadores como son Tocqueville, sobre todo en su *Antiguo Régimen*, o Abén Jaldún en su vasta introducción a la historia, o *Muqaddimah*, o Simmel en su muy evolutiva *Filosofía del dinero*. Recordarán mis seis estudiantes españoles de doctorado en Lancaster que esos eran los textos que debían leer en nuestros seminarios y no el último grito californiano o parisino que, en un principio, pensaban que iban a escuchar en aquel lugar. Esta es la ocasión de decir públicamente que en los años de mi lectura de la obra de Norbert Elías se produjo el hecho extraordinario de haber él venido a dos -no una, sino a dos- conferencias mías en su Universidad de Leicester, y no haber yo nunca escuchado ninguna de las suyas, fuera de su ocasional buena compañía durante mis largos años ingleses. El mundo al revés.

La segunda dimensión de mi tarea ha sido el interés por la vertiente ética. Es, en parte, un mero reflejo de la rebeldía de mi generación ante un régimen político que nos abrumaba de vergüenza. Algunos sociólogos de la época se refugiaron en un cientifismo militante, en un positivismo y ‘objetivismo’ sin compromiso moral aparente, que ha dado muy buenos resultados, digámoslo con toda franqueza. La gran calidad de la sociología empírica española de los años 60 y 70, la vasta acumulación de datos y su análisis correspondiente, propio de aquellos años, no tiene nada que envidiar a lo producido a la sazón en otros países, es fruto en parte de esa salida hacia la objetividad. Mi camino fue otro: aunque desde el primer momento di a la imprenta mis trabajos en las publicaciones convencionales, algunos de ellos, -como el largo ensayo *La estructura social de España* que apareció en Ruedo

Ibérico- no hubieran podido salir aquí indemnes e impunes. Varios de los publicados fuera provocaron cierta irritación a quienes no tenían problemas con la censura, pero me granjearon algunos amigos entre quienes no veían mal que la sociología analizara los conflictos interclasistas, los daños de la desigualdad social o la responsabilidad directa o indirecta de cada cual en el mantenimiento del despotismo como modo de gobierno.

Uncir la sociología a la ética es absolutamente tradicional. Es lo normal. Demostrar que Tocqueville, Marx, Weber, Simmel, Durkheim y hasta el aparente cínico Pareto no son filósofos morales no es tarea mía. La pena es que algunos filósofos morales de hoy no se hayan percatado de ello todavía, que su analfabetismo sociológico sea tan vasto como el analfabetismo filosófico de tantos sociólogos, economistas y antropólogos. A petición de Agnes Heller compuse y publiqué un ensayo detallado sobre el problema, cuya traducción castellana apareció aquí en una voluminosa obra colectiva sobre la *Historia de la Ética*. No soy yo quien deba (ni pueda) evaluar el resultado de esta manía mía, a la que di rienda suelta hace tiempo en mis *Ensayos Civiles* y últimamente en *Carisma y Razón*. Su subtítulo 'la estructura moral de la sociedad moderna' es intencionadamente elocuente. Es abiertamente hostil al relativismo moral de la filosofía posmoderna y reivindica la misión ética de la sociología, de esta disciplina cívica, pública y fraterna que es, que debe ser, la nuestra. No puede sorprender que, en ese contexto, inspirado por mi aprendizaje bajo Hannah Arendt, me haya interesado por la filosofía política que se apoya sobre la participación cívica y atribuye a la ciudadanía activa, como proponía Aristóteles, el peso de la ética. La esfera pública es la arena donde se libran y definen las reglas de la convivencia. La esfera pública, la *res publica*, es en última instancia la morada de toda moral.

Mi constante contacto con los antropólogos en varias universidades, y mi familiaridad con las tareas de los sociólogos del nivel micro –los que estudian un aula, unas familias, un barrio, un laboratorio científico- me ha llenado de admiración por unos y por otros. Pero no me he puesto nunca manos a la obra. Sé que para eso no valgo. Como a casi todo, he llegado a lo mío por decantación. Me he sentido más a gusto componiendo un trabajo comparado, pongamos por caso, de las transiciones económicas y políticas modernas a la democracia en las tres penínsulas mediterráneas de Europa, o de las ciudades meridionales en la misma región, o de toda España, o de la propia Europa en general, que otra cosa. Hasta algunos de mis estudios empíricos más convencionales, y más voluminosos por cierto, como el reciente sobre el Área Metropolitana barcelonesa, o el general sobre la estructura social de Cataluña, anterior, con todo su aparato encuestal, estadístico y cartográfico, son macrosociológicos. Sigo pues presa de una suave melancolía por no haberme adentrado nunca por la etnología ni por el trabajo de un campo circunscrito, pero sé que ya no va a ser.

Alcanzo así la cuarta de mis manías, basada en el convencimiento de que la especie humana genera esencial e irremediablemente conflictos. Y que la sociología no puede tratarlos como inconvenientes ni patologías, sino como objeto estructural de su atención. No creo que el 'conflictivismo' sea un método concreto pero sí que tomar en cuenta la liza por los recursos escasos y la colisión permanente de intenciones encontradas es mucho más fructífero para hacer buena sociología. El hombre es un ser intencional, ávido de libertad, y el mundo no se pliega a tales anhelos. Les ahorraré aquí un sermón sobre intencionalidad, incompatibilidades, coaliciones hostiles, y toda la panoplia conceptual de que hacemos uso los de mi enfoque. Tampoco predicaré sobre el método a mi juicio más adecuado para analizar estas cosas con el mayor rigor, el de la lógica situacional, que permite aunar el individualismo metodológico con el estructuralismo al tiempo que satisface las exigencias de toda ciencia social rigurosa. Sólo quería aludir a él. Permítanme que les señale, sin embargo, que en estos asuntos nuestro determinismo es de baja intensidad: pensamos que el hombre se afana por ser libre, y que el estudio de la

sociología es el de la tensión trágica y endémica entre las intenciones humanas y las estructuras sociales. En definitiva, el estudio propio de la sociología es el de la estructura social de la libertad.

Algunos de ustedes han tenido la amabilidad de mirar mis exploraciones en ese terreno. También las que se refieren a la solución característicamente humana para superar nuestra condición esencialmente trágica: la religión, el carisma, la identificación simbólica y emocional. En *Carisma y Razón* he intentado habérmelas con esos fenómenos –el nacionalismo, la religión civil, la posible racionalidad de lo sagrado, así como la sacralización de lo profano- y las soluciones a los que países, comunidades e individuos llegan para satisfacer sus carencias y contradicciones.

En el cultivo de todas estas dimensiones he creído siempre firmemente en la solidez de las ciencias sociales, y en lo fácil que es demostrar su avance, su progreso, como me complace siempre decir. No sólo se trata del progreso de la conciencia sociológica en la modernidad, sino la acumulación científica de saber. Como es muy fácil de demostrar, no diré más.

Sólo con esto, con el avance fehaciente del conocimiento racional, se justificaría la ciencia social. Pero hay más. Hay una íntima vinculación de la sociología con una sociedad decente, a medida del hombre. En ninguna sociedad tiránica ha medrado la sociología. En todas ellas ha sido perseguida y sus representantes victimizados por el mero hecho de serlo. La sociología sólo prospera en democracia. Eso da qué pensar. En España la sociología ha cumplido la misión de reforzarla. También la de introducir la reflexión racional y el autoconocimiento entre la ciudadanía. Llegados tardíamente a la esfera pública, en una época reciente, los sociólogos españoles han modificado para siempre el discurso, demasiado esencialista y nebuloso, que planeaba sobre nuestras cabezas. Si bien es cierto que gentes como Joaquín Costa, Adolfo Posada y otros sociólogos anteriores –como el fundador catalán de la sociología hispana, Manuel Sales i Ferré- habían abierto la puerta a un modo racional, analítico y sereno de considerar la realidad española, también lo es que la Guerra Civil cercenó brutalmente la tradición de modernidad por ellos creada. Los sociólogos que les siguieron, los que reconstruyeron su empresa intelectual lo hicieron con un convencimiento profundo de que ciudadanía y sociología van juntas. Dependen la una de la otra. Puedo asegurarles, estimados amigos, que el puñado de jóvenes e ilusionados sociólogos que, reunidos un buen día en Zaragoza, en 1979, constituyeron, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, la Federación Española de Sociología –vascos, aragoneses, madrileños, catalanes, andaluces- tenían bien clara su misión democratizadora y, porqué no decirlo, patriótica. Y a la vez universal. Exigían una conversación pública, cívica y democrática para su país. Querían entrar en ella con sus armas y bagajes, su conocimiento objetivo de la desigualdad social, las migraciones, la delincuencia, las distinciones injustas entre los géneros, la pobreza, las carencias de nuestro capital humano o nuestro desarrollo científico. Porque a la sociología le interesa la vida: sus problemas son los problemas reales de los seres humanos. Los que preocupan a la ciudadanía son los que preocupan a la sociología. Tengo para mí que nuestros sociólogos han cumplido. Su voz es hoy decisiva en todos esos y otros campos. Y si las Españas son para todos nosotros una morada más idónea para la dignidad de sus ciudadanos, se debe también, en alguna modesta medida, al empeño de aquella ilusionada generación de sociólogos.

Quiero acercarme de veras al final. Pero no puedo alcanzarlo sin decir dos cosas que son para mí cruciales. Una se refiere a mi familia: el hoy premiado es un individuo disperso y confuso, muy inacabado. Un conato irremediable, que no sabría definirse a sí mismo ante nadie. Pero sin Montserrat, Ricard y Mariona, no estaría ante ustedes. Sería más inacabado y más conato todavía. A lo sumo se hubiera quedado encallado en el capítulo tercero de su hoy voluminosa *Historia del Pensamiento social* o hubiera dejado sólo iniciada su humilde tratado de sociología,

que a tanta gente en el mundo ha sumido en el tedio. Ellos me han centrado mi voluntad y han hecho que mi vida sea algo menos centrífuga.

La segunda se refiere a mis amigos. Ya han comprobado ustedes mi costumbre de cultivar la sociología al alimón. Imaginen lo peor: a veces la tarea es tan aburrida que se pasa mejor colaborando con otros, contrastando ideas, hasta enzarzándose en discusiones apasionadas. Si a alguno de ustedes se le ocurre echar un vistazo a mi bibliografía verán lo que quiero decir. Sin ellos, y en particular sin algunos pocos de ellos, sería más menguada aún mi aportación. Varios de esos colaboradores, entre los más estrechos por cierto, no pertenecen del todo estrictamente a mi gremio: hay filósofos morales, juristas, ingenieros agrónomos reconvertidos, algún médico. De los que sí pertenecen a él o han estudiado conmigo hay un número de catedráticos bastante abrumador para éste que les habla. Señal de que el tiempo no pasa en vano y que su asociación conmigo no ha sido tan dañina para ellos como podría sospecharse. Ha habido entre mis colaboradores hasta economistas, para que vean ustedes lo libre de prejuicios que estoy. Además con algunos de ellos, esenciales para mi propia educación, jamás he publicado una raya conjunta. A quienes han acudido a trabajar o estudiar conmigo a lo largo de los años, así como a quienes se han arriesgado a cultivar el arte sociológica poniendo su nombre junto al mío, a honrarme con su compañía, y hacerme la vida tan agradable, dedico sobre todo estas palabras.

Alteza, Señoras y Señores muchas gracias por su atención. Y buenas noches.